

LAURA MOYANO RESTOY

UN MUNDO OSCURO

EL LEGADO DE LOS ROX I



Título: Un mundo oscuro. El legado de los Rox I

Primera edición: septiembre, 2024

© 2024, del texto Laura Moyano Restoy.

© 2024, de diseño de cubierta Terry XO.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-49-8

*Para mis abuelos, ellos me lo dieron todo.
A vosotros, mamá y papá, que siempre confiáis en mí.
Por ti, mi alma gemela, que me apoyas
en todos los aspectos de mi vida.
Por último, para ti.
A quien decían que vivía en un cuento de hadas.*

PRÓLOGO

PROFECÍA DEL AGUA

Mediante el susurrar de los vientos, en el lugar donde el agua acaricia las piedras de los riachuelos, se teje una profecía de luz y oscuridad.

En tiempos venideros, los hijos de la tierra serán aturridos por el brillo efímero de su propia creación y desafiarán con arrogancia a la Madre Naturaleza. Sus corazones estarán ávidos de poder e ignorarán las súplicas de los ríos, el lamento de las montañas y el canto de los pájaros.

Su orgulloso caminar resonará como un eco de desconfianza en el vasto seno de la Madre Tierra y será entonces que, dolida por sus conductas, decidirá actuar conjurando un viento de cambio.

Reclamará el poder que una vez otorgó a sus hijos y la desigualdad entre las dos razas persistentes brotará. La seguridad proporcionada se desvanecerá y con ello la magia del lugar.

La Madre Naturaleza, colmada de sabiduría y compasión, comprendió que no hay castigo sin posibilidad de redención, así que dejó una puerta abierta para que sus hijos retomaran el camino de la bondad.

Si los hijos de la Diosa desean recuperar la confianza perdida, deberán aprender a escuchar el susurro de la tierra y a acariciar el ciclo de la vida con respeto y gratitud. Porque solo en la armonía se encuentra la salvación y solo en la unión florecerá nuevamente el jardín de la existencia.

ÍNDICE

PRÓLOGO PROFECÍA DEL AGUA.....	7
1 HASTA PRONTO, ALEXIS	13
2 LA HUIDA.....	23
3 EL DESPERTAR DE LOS HERMANOS ROX.....	29
4 LIAM Y LA CABAÑA	41
5 TARYEN	51
6 LA DIRECTORA ROWAN.....	65
7 EL GRAN ÁRBOL	75
8 RITUAL DE REVELACIÓN.....	87
9 OBSTÁCULOS	97
PROFECÍA DE FUEGO	109
10 ESCUADRÓN KEMET	111
11 LA BIBLIOTECA	123
12 CLAN DE SANGRE	133
13 SÍMBOLOS	143
PROFECÍA DEL AIRE	153
14 INVISIBILIDAD	155
15 INVERNADERO.....	165
16 AIRE.....	175

17 FUEGO.....	185
18 LA CICATRIZ	195
19 LA PRUEBA.....	205
20 DAGAZ.....	217
21 EL LINAJE ROX.....	227

Montañas Nevadas

Circuitos Kemet



Bosque Espeso

Barracón Kemet

Invernadero

Cuartel de la guardia

Coraven

Paisano Verde

Tuyen

Circuitos

Zorent

Hingfiad

Herrero

Cueva

Cabaña de Liam



I

HASTA PRONTO, ALEXIS

Alexis era una joven de quince años muy diferente a los demás, le encantaba la naturaleza y pasar horas en el bosque que se extendía a pocos metros tras su casa. Desde pequeña, sus padres le habían enseñado a amar el bosque, sus riachuelos y las brisas que acariciaban los árboles junto su vegetación. Sentada en una roca situada al lado de un río, recordaba las veces que había escalado muchos de aquellos árboles, se había acomodado en sus ramas y había pasado horas pensando en cómo aquel rincón era tan distinto y especial.

Al contrario de lo que pensaban muchos adultos, los padres de Alexis, Raúl y Ana, no temían los peligros del bosque. Animaban a sus dos hijos a explorar y jugar en las inmediaciones de tan preciada vegetación. Al principio siempre iban los cuatro, pero una vez que Alexis cumplió los once años, la dejaron a sus anchas, a diferencia de Eric, que aún precisaba supervisión.

Ambos hermanos sabían cómo orientarse, conocían qué plantas debían tocar y cuáles no. Era su hogar, además, sentían que una parte de ellos era del bosque, la conexión que tenían con la naturaleza era mágica.

Los cabellos cobrizos de Alexis empezaron a jugar en su cara debido al viento que se había levantado. Sus ojos color café se abrieron y con una mano retiró el flequillo que se enredaba en sus pestañas. Hacía unas horas que había acabado su tercer curso de instituto y estaba feliz de no volver a las aulas hasta el año que viene. Sentía que no encajaba entre toda aquella gente, siempre rodeados de tecnología y preocupados más por su

imagen que por su alrededor.

Alexis era una chica animada, amable y divertida, pero no aguantaba estar rodeada de actitudes narcisistas. A su alrededor, todo giraba en torno a aparentar y ser mejores los unos que los otros, por ese motivo solo se juntaba con dos chicas en el instituto. Pero donde Alexis se sentía mejor era allí, en medio de la naturaleza.

Sentada en el bosque, Alexis recordó aquel último miércoles de julio: había amanecido soleado, se palpaba en el ambiente la humedad cálida y el entusiasmo de ambos hermanos al despertar. Era el último día de colegio para ambos y les esperaba un verano muy completo viajando con sus padres a un lugar que aún no les habían querido desvelar.

Esa mañana, Alexis se levantó y despertó a su hermano, como cada día, y fue al baño a lavarse la cara mientras escuchaba a sus padres preparar el desayuno en la planta de abajo. La joven se miró al espejo y vio sus pestañas rojizas con lagañas, se lavó la cara y peinó el cabello ondulado que le llegaba por los hombros. Volvió a la habitación y vio a su hermano ya vestido, ahora era el turno de Eric para ir al cuarto de baño. La joven se puso unos tejanos que le llegaban por encima de las rodillas y una camiseta de manga corta holgada y de color blanco.

Las chicas de su edad siempre se maquillaban y arreglaban mucho para ir a estudiar, vestían como chicas mayores con grandes escotes y enseñando sus largas piernas. Alexis era pequeña para su edad, era la chica más bajita de su curso, a penas medía metro sesenta y su desarrollo aún no había sido muy notorio. Aunque aquello la acomplexaba un poco, le encantaba vestir de manera holgada y pasar desapercibida. No le gustaba ser el centro de atención, pero sentía que allá donde fuera siempre destacaba por ser diferente a los demás. Suspiró y bajó las escaleras que daban a un pasillo corto, a mano derecha estaba la cocina donde Raúl y Ana preparaban el desayuno. Eric bajó tras de ella con unos pantalones de chándal y la camiseta del equipo de fútbol en el que jugaba.

—¿Cuántas veces te he dicho que al colegio no vayas con la ropa del equipo? Ya suele durarte poco, como para ir cada día con ella puesta —dijo Ana viendo a su hijo menor.

—¡Mamá, es el último día de colegio! No va a pasar nada, es que voy muy cómodo y me gusta —replicó Eric poniendo una cara triste y

mirando a su padre.

—A mí no me metas, tienes que hacer caso a tu madre —dijo Raúl medio sonriendo.

—Llegareis tarde, coged las tostadas y salid de camino... —zanjó Ana haciendo, de este modo, feliz a Eric.

Ana recogió los bocadillos del desayuno que había preparado para media mañana y se los dio a sus dos hijos y a su marido. Aparte, les entregó a Eric y Alexis una tostada con mantequilla y mermelada para que desayunaran en el coche. Raúl conduciría hacia la ciudad para llevarlos al que sería su último día de curso.

El colegio estaba fuera del pueblo en el que vivían, por lo que cada día recorrían un trayecto de diez kilómetros para llegar a la ciudad. Los hermanos Rox sabían que, al ser el último día de clase, no harían gran cosa. Seguramente les dejarían a sus anchas tras comentar las notas y recomendar algunos ejercicios para el verano.

El coche serpenteaba por la carretera rodeada de árboles, recordaba a un río que atraviesa el bosque hasta llegar a su cauce. Eric bajó la ventanilla, le gustaba sentir el olor a vegetación que entraba en el coche cuando circulaba a cierta velocidad. Era un aire cálido típico del mes de junio, se palpaba un leve toque de humedad tras las cuatro gotas que habían bañado el bosque aquella noche. Los tres iban en silencio, escuchando las noticias de la radio de fondo y el sonido del viento entrando por la ventana de Eric. Cada cual estaba inmerso en sus pensamientos. Cavilaban sobre despedirse de sus amigos y sobre el viaje de verano que les esperaba.

Una vez pasados los cuarenta minutos de trayecto, Raúl aparcó enfrente de un edificio muy grande con aspecto de necesitar algún que otro arreglo. En aquel edificio impartían clase a los niños desde los tres a los dieciséis años, por lo que ambos hermanos seguían yendo juntos al mismo centro. Raúl puso los cuatro intermitentes y echó la cabeza atrás.

—Bueno, chicos. ¡A por el último día de clase! —los animó sonriendo.

—¿Nos diréis a dónde vamos a viajar o no? —preguntó Alexis un poco molesta por tanto secretismo.

—Si os lo dijéramos ya no sería una sorpresa. —Rio Raúl.

—A mí me gustan las sorpresas —dijo Eric con ilusión mientras bajaba del coche.

Alexis bajó del coche despidiéndose de su padre con la mano, acompañando el gesto con una sonrisa un tanto forzada, no le gustaba ese misterio alrededor del viaje.

Eric salió corriendo hacia sus amigos de primaria, todos se habían puesto de acuerdo para ir en chándal con el fin de jugar un partido de fútbol en el recreo. Alexis suspiró mirando a su hermano, él tenía más amigos que ella, pero sabía que con los años eso podía cambiar. Cuando Alexis tenía la edad de Eric también tenía más amigas, pero ahora solo se juntaba con dos chicas del instituto: Blanca e Inés.

Las dos amigas la esperaban en la puerta de la biblioteca con libros en las manos, les encantaba leer libros románticos y de aventuras. Aunque Alexis no leía tanto como ellas, era gratificante poder hablar de otras cosas que no fuera redes sociales, discotecas e ir de compras.

Por un lado, Blanca era alta y muy delgada, tenía el cabello rubio y liso, no le llegaba a los hombros y ese peinado le hacía aparentar más edad. Por otro lado, Inés era más bajita que Alexis, apenas medía metro y medio, y su pelo era de color castaño claro.

Las dos amigas hablaban apasionadamente sobre el protagonista de la novela que estaban leyendo y que las tenía embelesadas. Al ver llegar a Alexis sonrieron y se acercaron a ella para saludarla, estaban contentas de la nueva adquisición de libros que acababan de recoger para el verano.

—Hemos llegado antes para escoger los mejores para este verano —dijo Blanca emocionada enseñando los cuatro libros que sujetaba.

Justo en ese momento sonó la alarma de inicio de las clases, aquel estridente timbre normalmente irritaba a todos los alumnos, pero aquel día era el último de ese año escolar y el sonido les sonó a gloria. Todos los chicos de los distintos cursos entraron a sus respectivas clases deseando que sonara la última alarma del día.

Las horas pasaron volando, los profesores de secundaria recomendaron a sus alumnos muchas lecturas y ejercicios de aquello en lo que fluqueaban. Sus mentes estaban muy dispersas, las vacaciones de verano estaban a pocas horas de empezar. Las notas ya habían sido entregadas, ya no había nada en juego.

El profesorado fue benevolente y, tras observar que sus alumnos estaban ya de vacaciones, decidieron dejar libre la última hora de clase. Alexis

estaba contenta de que al fin acabara esa tortura de día, llevaba casi media hora viendo por la ventana a los alumnos de primaria jugar en el patio a la pelota. Entre ellos se encontraba Eric.

—¿Vamos a la cafetería, chicas? —preguntó Blanca recogiendo sus cosas y mirando a sus amigas con sus ojos azules.

—¡Uy, sí! Me apetece tomarme un Cola Cao —dijo Inés imaginándose también con una ensaimada.

—¡Que sean dos! —añadió Alexis, le encantaban los grumos del Cola Cao.

Las tres se pusieron en marcha tras haber recogido todo en sus mochilas, bajaron las escaleras que llevaban hacia la cafetería del colegio y entraron por la puerta de cristal. El camarero era unos años mayor que ellas, ya las conocía, les sonrió y empezó a preparar dos Cola Cao y una infusión para Blanca.

—Lo de siempre, chicas, supongo —dijo Carlos.

—¡Gracias, Carlos! —respondieron las tres jóvenes al unísono.

Mientras se sentaban en unos taburetes que había enfrente de la barra donde el camarero les preparaba sus bebidas.

—Blanca, no sé cómo puedes tomarte una infusión en pleno verano —dijo Alexis con calor, a pesar del aire acondicionado.

—Bueno, para que se deshaga el Cola Cao tampoco vas a tener la leche muy fría que digamos —replicó Blanca.

—El secreto es mezclar un poco leche calentita con el Cola Cao y luego acabar de llenar el vaso con leche fría —contestó sonriendo Carlos y sirviéndoles sus bebidas.

Las tres jóvenes se sonrojaron. Carlos era un chico de unos veinte años que trabajaba en la cafetería para pagarse sus estudios. Era moreno, de cabello corto, y presumía de una barba bien recortada, aunque en ciertos puntos clareaba, quizás con la edad le espesaría.

—Bueno, ¿sabes dónde irás de vacaciones? —le preguntó Inés a Alexis—. Tus padres seguro que se lo han currado mucho si lo mantienen tan en secreto.

—Qué va, justo les he preguntado y no dicen nada —respondió Alexis, de nuevo molesta al recordar aquello.

—Pues yo estaría muy ilusionada por el viaje, el secretismo, la

emoción... —dijo Blanca con mirada soñadora—. Imagínate dónde te pueden llevar siendo tus padres como son... Dublín, Gales, Escocia...

—Ojalá... esos lugares llenos de paisajes verdes me encantan, y la verdad es que a ellos también —dijo Alexis pensativa.

—El año pasado fuisteis a Navarra, ¿verdad? Había un bosque y un desierto. ¡Me acuerdo de las fotos! Pensé que era un poco raro ver ambos paisajes —explicó Inés sonriendo.

—Sí, fue precioso, estuvimos como pez en el agua. Fue en la selva de Irati y el desierto de las Bardenas Reales. Ya sabéis que ellos trabajan hasta estando de vacaciones —dijo Alexis sonriendo.

Realmente Alexis no había pensado que podían ir a algún lugar en concreto, tan siquiera se había planteado lo que decía Blanca. Alexis conocía bien los gustos de sus padres, no sabía el motivo, pero estaba prácticamente segura de que este año las vacaciones distarían mucho de lo que normalmente hacían.

La familia Rox llevaba la naturaleza en la sangre, por este motivo Alexis sabía que aquel año era distinto. Normalmente, Ana y Raúl planificaban los viajes con sus hijos, les explicaban cómo era el lugar al que irían y lo que iban a buscar. Plantas, frutos, distintos tipos de piedras, raíces... Los recogían, cultivaban y estudiaban a la par que disfrutaban de los recovecos que el paisaje les ofrecía. Además, Ana y Raúl siempre buscaban los lugares que tenían mitología e historia para que sus hijos vieran el lugar con otros ojos.

La cafetería, que al entrar las tres amigas estaba vacía, empezó a llenarse por momentos y el sonido de las voces de los alumnos empezó a inundar el lugar. Las tres amigas decidieron dar el último sorbo a sus bebidas y marcharse fuera, eran las doce y media de la mañana y las puertas del colegio ya estaban abiertas.

Al ser el último día, desde las doce las puertas del instituto permanecían abiertas para que los alumnos que quisieran marchar, o que sus padres vinieran a buscarlos, pudieran disfrutar de sus vacaciones.

Blanca e Inés iban bien cargadas de libros, las mochilas colgadas en sus hombros pesaban más de lo habitual, por lo que al salir fuera las dejaron en un rincón para despedirse de sus amigas.

—Yo voy a marchar a casa —dijo Inés con ojitos de pena. Sabía que

no vería a sus amigas hasta el inicio del siguiente curso.

—Sí, yo iré a buscar a Eric y nos iremos también. Mi padre me acaba de decir que está por los alrededores y que le avise para venir a buscarnos —le siguió Alexis mientras le escribía a Raúl para que pasara a por ellos.

—¡Vaya! Yo pensaba que os quedaríais un rato más —lloriqueó Blanca, que no tenía ganas de volver a casa.

—Ya... yo he quedado para comer con mis primos, por eso me voy ya. Así me da tiempo de ordenar las cosas de mi cuarto, que hoy lo he dejado patas arriba, me ahorraré la charleta de mi madre cuando llegue del trabajo —dijo Inés poniendo los ojos en blanco.

Alexis y Blanca rieron. Inés era un desastre, siempre se levantaba y se ponía a leer mientras desayunaba, por lo que se le hacía tarde casi todos los días.

—A ver si hoy tienes suerte y no te pillan con todo por medio. —Sonrió Alexis—. Yo aprovecharé para prepararme la maleta del viaje, a ver qué ropa pongo, porque sin saber dónde voy lo tengo difícil.

—Bueno, si no le preguntas a tus padres de nuevo. A lo mejor les sacas algo —propuso Blanca mientras le apretaba el hombro con la mano.

A Alexis no le gustaba mucho el contacto físico, no solía dar abrazos ni crear muchos vínculos afectivos, se sentía incómoda y fuera de lugar. Pero aquel ligero apretón en el hombro por parte de Blanca no la incomodó, es más, le sorprendió sentir que la compañía de ambas chicas la reconfortaba. La amistad entre ellas se había iniciado hacía tan solo un par de años y, aunque Alexis mantenía un poco las distancias, sentía que ya las podía considerar amigas.

Se escuchó un coche aparcar y un pitido tras ellas. Las tres se giraron al unísono y vieron que era Raúl, el padre de Alexis. Todas saludaron con la mano.

—Pues sí que estaba cerca... —maldijo Alexis, que no había ido a buscar a Eric—. Chicas, pasad muy buen verano, ya sabéis que yo no suelo tener cobertura allí donde voy, pero intentaré mandar algún mensaje. Ya os diré al final dónde hemos ido a parar.

—¡Claro! Hablamos por el grupo y nos ponemos al día. Y a ver si volvemos antes y coincidimos para ir a tomar algo —dijo Inés esperanzada.

—¡Eso, eso! —añadió Blanca abrazando a Inés—. Ya me dirás qué tal

tus libros, si te gustan ya me los pasarás para leerlos.

—Sííí —dijo Inés mientras era estrujada por Blanca, que era bastante más alta.

Como las dos chicas sabían que a Alexis no le gustaban los abrazos, hicieron lo que se había convertido en costumbre. Se pusieron una en cada lado de Alexis y le dieron un ligero toque con sus caderas mientras se reían.

—Al final me voy a acostumbrar a esto —dijo Alexis sonriendo también—. Voy a entrar a por Eric, que vayan genial las vacaciones, chicas.

Alexis entró al colegio para buscar a su hermano, al entrar por la puerta miró atrás y sonrió de nuevo a sus amigas a modo de despedida. Una vez encontró a Eric, que estaba sentado en el banquillo tras haber jugado a fútbol, le ayudó a recoger las cosas y ambos hermanos subieron al coche para llegar de nuevo a casa.

Lo primero que hizo Alexis al llegar fue dejar las cosas en su cuarto y salir al bosque. Allí aclaraba sus ideas y, aunque debía preparar la maleta, prefería desconectar y luego ya preguntaría de nuevo a sus padres dónde marcharían para hacerse una idea de qué meter.

Ya había pasado un buen rato desde que Alexis había entrado en el bosque, se había sentado en una piedra al lado de un riachuelo y se había sumergido en sus pensamientos. Cuando de pronto la joven escuchó que alguien venía hacia ella. Era su hermano Eric. Sabía que él no disponía del permiso de sus padres para entrar solo al bosque, aún no sabía lo suficiente como para no hacerse daño o perderse.

—Alexis, ¿dónde estás? —preguntó el pequeño mientras miraba hacia las copas de los árboles.

Eric sabía que a su hermana le encantaban las alturas, por ese motivo caminaba mirando hacia los árboles, lo cual provocó que tropezara y cayera sobre la tierra húmeda del bosque. Alexis, al escuchar el golpe, se levantó corriendo de la piedra donde se encontraba sentada y, con cuidado de no resbalar con el agua del pequeño río, fue a ayudar a su hermano.

—¿Estás bien?

Alexis lucía media sonrisa en el rostro, ya que veía a su hermano en perfecto estado.

—No te rías de mí —contestó Eric con una mueca de enfado en su

cara—. Vengo a buscarte para volver a casa —le dijo quitándose el barro de sus manos.

—Anda, levántate —propuso su hermana tendiéndole la mano—. Como sepan que has salido tú solo te va a caer una buena.

Eric se levantó sin coger la mano de su hermana y fue en dirección a su casa refunfuñando. Los últimos rayos de sol del atardecer se posaban sobre el cabello cobrizo de Eric mostrando pequeños reflejos rubios entre ellos.

—Venga, Eric, no te enfades. Espérame para que vuelva contigo.

Alexis siguió a su hermano y en poco tiempo llegó a su altura.

Ella colocó un brazo en el hombro de su hermano, que le llegaba por la cintura. El pequeño la miró levantando la cabeza y esbozando finalmente una pequeña sonrisa. Siempre acababan rebozados entre arena, agua y hojas. Aunque se llevaban ocho años, los dos hermanos se avenían mucho, ambos disfrutaban de su compañía y Eric disfrutaba aprendiendo de todo lo que le enseñaba su hermana. A pesar de que en ocasiones vivían pequeñas trifulcas, siempre acababan sus peleas con la misma facilidad con la que empezaban.

Llegaron a casa en pocos minutos, era una pequeña edificación de ladrillo que constaba de dos pisos y una chimenea. Allí habían crecido ambos, estaban a media hora del centro de la ciudad más cercana y a cinco minutos del bosque, de ahí el cariño que sentían por la naturaleza.

Los padres de los hermanos Rox, Raúl y Ana, no eran los más corrientes del mundo en cuanto a lo que trabajo se refiere. Por una parte, Ana, en pleno siglo XXI, se dedicaba al estudio de las plantas y sus beneficios médicos. Tenía una pequeña herboristería justo en el centro del pueblo, la cual era bastante frecuentada por mujeres bien extrañas; o eso les parecía a los vecinos de su alrededor.

Por otra parte, Raúl se dedicaba al análisis de distintas piedras, su composición y cómo podían cambiar según el elemento utilizado. No disponía del título de geólogo como tal, pero sabía más que todos sus compañeros que sí lo tenían. Su vida había girado en torno a la tierra e, igual que Ana, vivían por y para ella; por ese motivo habían inculcado ese amor y esa sed de conocimientos respecto a la naturaleza a sus hijos.

Al entrar a casa, los padres de Alexis y Eric estaban acabando de preparar la cena, pollo con setas.

—¡Qué bien huele! —dijo Eric a la par que cogía una de las setas de la guarnición.

—Anda, lávate las manos, hijo. ¿Vienes del bosque? No habrás ido tú solo, ¿verdad? —inquirió Ana recolocándose de manera nerviosa el pelo rubio tras las orejas.

Alexis entró justamente en ese instante en la cocina y Eric pasó de un estado de tensión a expirar aliviado.

—No, mamá, llegamos juntos.

Alexis sonrió. No había mentido, solo dicho parte de la verdad.

—Venga, sentaos a cenar que mañana tenemos un largo viaje por delante —recordó Raúl mirando a sus hijos e intuyendo que si seguían la conversación la realidad saldría a la luz.

La cena estuvo repleta de preguntas por parte de ambos hermanos, llevaban días queriendo saber dónde irían de vacaciones, pero sus padres no desvelaban la sorpresa.

Finalmente, tras el postre, desistieron de preguntar. Recogieron la mesa y fregaron los platos, estaban tan cansados después de aquel día que se fueron a su habitación a dormir.

Una vez sus hijos estuvieron en su cuarto, Ana y Raúl se miraron. La preocupación se veía en sus ojos.

—Sigo pensando que esperar tanto para marcharnos es un error —comentó Ana en voz baja a su marido—. Las cosas allí deben haber cambiado mucho.

—Ya lo hemos hablado, tenían que aprender lo máximo posible. Alexis sabe mucho más de lo que nosotros sabíamos a su edad. Y eso les ayudará en el viaje. —Raúl sonaba convencido, tanto que, por un momento, Ana se sintió aliviada.

Ambos se cogieron la mano. Mientras Ana Rox sujetaba con la mano izquierda su collar, ese que le había dado su difunta madre.

—Vamos a dormir, cariño. Mañana saldremos temprano, va a ser un viaje duro.

Tras estas palabras, Raúl dio un beso en la mejilla a su esposa y ambos subieron las escaleras cogidos de la mano. Ninguno de ellos sabía lo que estaba por llegar.



LA HUIDA

Alexis y Eric llevaban un buen rato en la cama. La joven había dado varias vueltas debido al calor húmedo de la noche, pero al fin había logrado dormirse. Tras unos pocos minutos de sueño profundo, las voces de Ana y Raúl la despertaron, se levantó con el sueño aún nublando sus ojos. Al abrir la puerta vio luz en la habitación del fondo del pasillo, en la que dormían sus padres, las voces de ambos cada vez eran más elevadas.

La tensión y el miedo se palpaba en el ambiente. Alexis no entendía el comportamiento de sus padres hasta que los vio mirar por la ventana y escuchó los gritos de sus vecinos.

Desde la ventana se veían hombres vestidos con uniformes ajustados de color burdeos. Sujetaban antorchas, aporreaban cada puerta por la que pasaban y les prendían fuego una vez estaban vacías. Iban reteniendo y cautivando a sus vecinos, parecía que estaban buscando a alguien.

Alexis dejó de mirar por la ventana, fue rápida y en menos de diez segundos ya estaba en la habitación de su hermano. Este dormía tan profundamente que cuando lo despertó se asustó. Ella estaba muy nerviosa, no sabía qué hacer y su hermano, al escuchar gritos procedentes del exterior y al ver luces extrañas, empezó a llorar. Eric no entendía nada, incluso Alexis estaba hecha un lío al ver todo el caos que se había formado en cuestión de pocos minutos.

Cogió la mano de Eric y lo llevó hacia el pasillo que comunicaba con la habitación de sus padres, debían de esperar a que salieran y les dijeran qué tenían que hacer. Alexis estaba bloqueada por el miedo y esperarles

era lo único que se le ocurría.

—Ana, coge a los niños y sal hacia el bosque por la puerta del patio —ordenó Raúl—. Iré tras vosotros.

—¡Eric, Alexis! —les llamaba su madre.

Los tres bajaron rápidamente las escaleras para hacer exactamente lo que Raúl les había ordenado. Al llegar a la cocina, Ana abrió la puerta del patio. Parecía mucho más angustiada que Alexis, así que esta intentó tranquilizarla y calmarla para huir más aprisa.

—Tranquila, mamá, todo irá bien. Venga, hagamos caso a papá y salgamos lo más rápido posible —dijo sin saber exactamente de dónde habían salido aquellas palabras de ánimo.

Ana, con aquella melena rubia atada en una coleta alta, dedicó una rápida «sonrisa» a sus hijos. Esa mueca que hizo al intentar sonreír estaba llena de preocupación y miedo, jamás habían visto así a su madre.

Alexis miró hacia el piso de arriba en busca de su padre, pero no podían perder tiempo, así que, con la mano que no sujetaba a su hermano, cogió la delicada mano de su madre y estiró de ella hacia el patio. Al final de este había un pequeño camino que daba directamente al bosque donde tantas veces habían jugado los cuatro.

Justamente cuando se colaban entre los primeros árboles del bosque, Alexis miró hacia atrás y una pequeña ola de tranquilidad recorrió su cuerpo al ver que su padre venía tras de ellos con las dos mochilas a su espalda. Aunque ese bienestar se esfumó tan rápido como había llegado. Las luces de los hombres que les seguían cada vez eran más nítidas. Intentaban no mirar hacia atrás para no tropezar, pero atemorizados como estaban no dejaban de hacerlo, tenían que huir hacia otro lugar, pero ¿cuál?

Poco a poco los hombres lograban acortar distancia, podían notar el calor que desprendían sus antorchas. Además, lo iban quemando todo a su paso.

Los cuatro corrían lo más rápido posible y poco a poco se iban adentrando en el bosque. Todo estaba oscuro y había sombras espeluznantes que mostraban figuras horrorosas, era lo más aterrador que jamás habían visto.

Las voces de hombres y gritos de niños se escuchaban por todas partes, tenían que huir, correr sin parar; su vida dependía de ello. Alexis no podía dejar de apretar la mano de Eric y, para tranquilizarlo, le dijo que se

iban de excursión por el bosque. Que todo iba bien. Ojalá hubiese sido así.

—Venga, chicos. ¡Id más rápido! —insistió Raúl fatigado poniéndose en cabeza—. Si nos escondemos bien, quizás dejen de buscarnos.

El interior del bosque cada vez estaba más oscuro y los árboles más juntos, era casi imposible caminar sin tropezar con alguna rama o arbusto. Finalmente, sus padres se dieron cuenta de que no conseguirían huir y, de pronto, pararon de correr provocando que Eric y Alexis chocaran contra ellos. Aunque las caras de ambos progenitores estaban llenas de sombras, Alexis pudo apreciar la mirada que intercambiaron, ¿qué significaba?

Los ojos de ambos brillaban levemente con los frágiles rayos de luna que se escabullían por las ramas de los frondosos árboles. Ese brillo era inusual, sus pupilas estaban dilatadas por el miedo y un leve temblor les recorría el cuerpo, pero tenían una idea. Ambos sabían que era la única salvación para sus hijos.

Raúl y Ana miraron a su alrededor hasta encontrar un pequeño agujero oculto entre las ramas de un gran árbol. La decisión estaba tomada, esconderían a Eric y a Alexis. Los dos jóvenes entraron en ese pequeño hoyo, apenas cabían acurrucados. Estaban sentados, pegados el uno al otro, abrazando sus piernas y llevando las rodillas al pecho. Ana y Raúl ya no tenían tiempo de esconderse, pero sí de avisarles:

—¡Quedaos aquí! No os mováis hasta que vengamos en vuestra busca —les advirtieron seriamente.

—Tened mucho cuidado y no habléis —avisó Ana rápidamente mientras le daba un beso a cada uno.

A Alexis le dio un collar, del que colgaba una especie de bola plateada que, al moverla, producía un sonido parecido al de un cascabel.

—Esto fue un regalo que me hizo mi madre antes de morir, cuídalo bien y te dará suerte —dijo Ana mirando a su hija intensamente a los ojos.

Alexis no podía hablar, lloraba como una magdalena, lo que le provocaba un nudo en la garganta que no le permitía emitir ningún tipo de sonido. Tenía un extraño presentimiento. Quizás esta sería la última vez que vería a sus padres.

Las voces de los hombres ya se escuchaban encima de sus cabezas y hacía tan solo unos segundos que Ana y Raúl habían tapado la entrada del hoyo con ramas y hojas. De pronto, se escuchó la voz de Raúl gritando y

maldiciendo a aquellos hombres.

—¡Dejad a mi mujer! ¡No le hagáis daño!

A Ana se la escuchaba llorar. Eric, asustado, abrazaba a Alexis cada vez con más fuerza.

—Tranquilo, Eric, ya verás que no les va a pasar nada —le susurró.

Pero ni ella misma se creía aquellas esperanzadoras palabras.

—¡Silencio! He escuchado algo cerca de aquí —señaló uno de esos hombres.

Asustada, Alexis blasfemó hacia sus adentros preocupada por si la habían escuchado. La tensión se acumulaba en sus cuerpos y Eric, al igual que su hermana, temblaba como un flan. Ambos hermanos no podían hacer nada para salvar a sus padres de las garras de aquellos terribles desconocidos, eran tan solo unos niños incapaces de matar a una mosca.

—Yo no he escuchado nada —comentó otro.

—Ni yo tampoco —se apresuró a decir su padre.

—¡Calla, insolente! —le dijeron a la vez que se escuchaba el sonido de un puñetazo.

Ana no paraba de llorar y suplicar que les dejaran en paz. A Raúl no se le escuchaba, aquel puñetazo le había enseñado a ser más prudente a la hora de hablar. Eric y Alexis lloraban en silencio sin saber bien qué hacer.

—Señor, aquí dice que tienen dos hijos, un niño y una niña. Quizás son los que buscamos —expuso uno de los hombres a su líder.

Alexis prestó atención a aquellas últimas palabras. ¿A quién buscaban? Y ¿por qué? Se preguntó angustiada. No era posible que aquellos hombres los buscaran a ellos precisamente. Se equivocan, no había motivos para que esto le pasara a la familia Rox. Al menos, eso pensaba ella mientras se mantenía a resguardo de las miradas de aquellos hombres.

—¿Dónde están los niños? —preguntaron.

—No están aquí —dijo Raúl.

—¡No me tomes el pelo, maldito guardián! —respondió el hombre que parecía el jefe de todos ellos.

Alexis escuchaba atentamente y se preguntó por qué llamaban guardián a su padre. Pero intentó calmarse, lo único que estaba consiguiendo era inquietarse más y no entender nada. Mientras, los padres de ambos estaban siendo interrogados y amenazados delante de ellos, eso enfurecía

a Alexis y a la par la asustaba e inmovilizaba.

—Están en... en Taryen co... con s... su a... abuela —mintió Ana asustada y tartamudeando.

—Te prometo que como vayamos para allá y los niños no estén os mataremos a ambos, y esperaremos a hacerlo para encontrar a vuestros hijos y que así puedan ver cómo sus padres mueren lentamente.

Esa frase les desgarró el corazón a los cuatro. ¿Cómo alguien podía ser tan cruel? Todo aquello era una pesadilla para la familia de Alexis, esto no les podía estar ocurriendo.

El ruido que emitían las pisadas de los hombres al marcharse distrajo a Alexis de sus oscuros pensamientos. La joven tenía ganas de salir de su escondite, quizás esos hombres habían dejado algún rastro que les condujera hasta sus padres. Pero antes debían de esperar, al menos hasta que todo volviera a la calma; incluidos los corazones de ambos hermanos.

La oscuridad se fue apoderando de su escondrijo conforme los hombres se alejaban, llevándose a su vez el sonido que provocaba Ana al contener sus lágrimas. Tenían miedo, les habían dejado solos sin saber qué hacer en medio del bosque y no podían volver a casa, ya que, seguramente, habrían dejado algunos escoltas vigilándola.

Alexis sentía a Eric temblar bajo su brazo izquierdo, lo mantenía apretado contra sí con fuerza sin saber exactamente qué iba a suceder. Los minutos pasaban lentamente y ella sentía todos sus músculos entumecidos. Ambos estuvieron quietos, no se movieron en todo el tiempo que pasó hasta que Alexis sintió un extraño pinchazo en la mano derecha. Hasta ese momento, la joven no fue consciente de que había estado apretando con fuerza el collar que le había dejado su madre. Sentía que le quemaba en la mano, pero tan solo era una esfera con dibujos superficiales en su alrededor.

Ese collar lo había visto colgado alrededor del cuello de su madre durante los últimos años, tras la muerte de su abuela. Ahora eso era lo único que le quedaba de ellas. Seguían a oscuras así que, antes de soltar el collar, Alexis comprobó que el colgante estaba bien sujeto a su cuello. Tirar de la cadena hacia abajo le recordó que sus músculos estaban completamente agarrotados debido a aquella situación de inmovilidad, provocándole un gran pinchazo de dolor.

Al sujetar la cadena notó la mano húmeda por la tierra mojada de aquel hoyo y su aliento se escurría entres sus dedos llegando al colgante. Al fin soltó el collar y abrió lentamente la mano, sintió la piel sudada y dolorida, además del caliente metal despegándose de la mano. No pudo contener un grito de dolor, le había producido una pequeña herida sangrante. Al soltarlo, la esfera del collar cayó sobre su pecho produciendo un sonido parecido al de un cascabel, lo cual provocó que Eric se tensara aún más.

—Tranquilo, ha sido el collar que me dio mamá —le dijo con la voz más relajada posible.

—Alexis, tu mano...

La voz de Eric sonaba aterrada e inmediatamente Alexis se miró la mano, era lo único que veía en mitad de la oscuridad, ya que empezó a desprender una tenue luz. Estuvo un instante sin saber qué veía. De las finas líneas que le había dejado el collar en la piel aparecía una luz dorada muy leve, al principio, Alexis no se percató de que aquel resplandor conformaba el mismo dibujo que tenía grabado el colgante.

Ese mismo colibrí de líneas se había quedado incrustado en la piel de su mano derecha. Era un trazado redondo y, dentro de él, unas finas líneas se juntaban formando un extraño diseño; parecían unas grandes alas rodeadas de fuego. Inmediatamente, Alexis cerró el puño y lo apretó con fuerza. No entendía nada y ya estaba bastante asustada como para pensar en algo más, así que cerró con intensidad los ojos y acercó más a su hermano junto a ella.

Alexis deseaba con todo su ser que todo aquello no hubiese pasado, quería abrir los ojos y que todo estuviera como antes. El cansancio sucumbió en ambos, se quedaron dormidos y en sueños sus peores temores se hacían realidad. Sus padres habían sido secuestrados por unos extraños y estaban solos en medio del bosque. El miedo se arraigó en sus corazones.



EL DESPERTAR DE LOS HERMANOS ROX

Los rayos de sol empezaron a posarse sobre las copas de los árboles, escurriéndose entre sus hojas y bañando lentamente el suelo que los alzaba. Uno de esos rayos no paraba de moverse por la cara de Alexis, molestando cada vez que se posaba sobre sus ojos y recordándole que ya era hora de levantarse.

Al abrirlos y ver dónde estaban recordó todo lo ocurrido la noche anterior, su cuerpo volvió a tensarse de inmediato apretando a Eric junto a ella y lo despertó. Seguían en el pequeño hoyo rodeados por hojas y las gruesas raíces de un viejo árbol. Eric miraba a Alexis con los ojos rojos, estaba lleno de tierra y presentaba un leve temblor en los labios.

—Ahora vamos a salir de aquí y buscar algún sitio seguro, ¿vale? —explicó a su hermano para que no se asustara.

—Pero papá nos dijo que no nos moviéramos de aquí, no podemos irnos. Si vuelven a por nosotros no nos encontrarán.

Su voz sonó más adulta que la de un niño de seis años, lo dijo con tanta convicción que durante unos segundos Alexis se planteó si, quizás, fuese correcto aquello que su hermano proponía.

—Eric, esos hombres se los han llevado y ya has escuchado lo que dijeron. No los van a soltar, no al menos que encontremos ayuda y podamos rescatarlos.

Así que ese era el gran plan de Alexis, encontrar a alguien que les

ayudara. Parecía imposible... «Y ¿en quién demonios iban a confiar después de todo lo sucedido?», pensó Alexis para sus adentros. No tenían más familia que sus padres, nunca habían conocido a nadie más, excepto a su abuela, que murió hace poco. Ahora Eric es la única familia que Alexis tenía y de la que podía estar cien por cien segura de que estaba a salvo, al menos por el momento.

Tras un largo suspiro decidió ponerse en pie poco a poco, quitando las hojas y las ramitas que hacían de techo en su escondite. Eric seguía acurrucado en el rincón con las rodillas dobladas y abrazándolas contra su pecho. Alexis sintió su miedo así que, antes de descubrirse del todo, se aseguraron de que no hubiese nadie cerca. Al sacar la cabeza y observar su alrededor el corazón le dio un vuelco.

La noche anterior estaban rodeados por árboles; de acuerdo que estaba muy oscuro, pero había árboles. Siempre había habido árboles en aquel bosque situado a pocos metros de su casa, allí Alexis y Eric habían jugado muchas veces con sus padres, conocían bien el lugar. Pero ahora no sabían dónde se encontraban.

—¿Alexis, por qué estás temblando? ¿Qué pasa? —preguntó Eric al ver a su hermana inmóvil en el mismo sitio y con un ligero temblor en las manos.

Ella acabó de quitar las hojas que quedaban para poder salir bien de ese maldito escondite lleno de tierra y se ayudó con las manos para subir a la superficie. Un ligero pinchazo de dolor se extendió por su palma derecha, se miró la mano y vio el extraño dibujo que se quedó marcado la noche anterior, junto a él había un poco de sangre.

El dibujo parecía estar en carne viva, así que cogió un pañuelo del bolsillo, se envolvió la mano y se hizo un pequeño nudo para que sirviera como vendaje. Eric seguía sentado mirando todo lo que su hermana hacía, pero sin decidirse a salir hasta que Alexis le dijera algo. La joven no tenía palabras para tranquilizarlo, era presa del pánico. El único árbol que había era el que les había cobijado con sus raíces y las hojas caídas de su copa. Todo lo demás era un páramo de hierba verde, mirases donde mirases.

—Eric, ven, no hay nadie —le dijo para que estuviera a su lado y le confirmara que no se había vuelto loca.

Le cogió de la mano para ayudarle a subir la pequeña superficie y al